

natal. De este modo, todo lo vivido se teñirá de pasado, de rabiosa añoranza y de intenso malestar en una tierra que se siente hostil. La protagonista de uno de los cuentos afirmará: «... nadie imagine el Infierno como un lugar feo o sórdido... El Infierno es un sitio muy bello (...) pero donde te ves paralizada, obligada a vivir una eternidad» («El colibrí con su larga lengua»). El Infierno es, en fin, tener que estar en donde uno no quiere: el exilio. Norteamérica es captada a través de la desadaptación de los personajes: las multitudes solitarias, el progreso, el consumismo, Vietnam, la incomunicación, las fábricas, las extensas llanuras del medio-oeste norteamericano y el enrarecido clima de rechazo hacia los «spanish speakers».

Lo vivido por los personajes parece desvanecerse, desrealizarse en su hondo ensimismamiento agudizado por el exilio. Siguiendo la técnica del monólogo interior, las voces de los distintos narradores se desdobl原因 muchas veces convirtiéndose en una polifonía de recuerdos. Perdido el eje de la identidad, los sentimientos parecen adherirse fuertemente a las cosas, por lo cual disminuye la precisión realista de las descripciones:

«... A veces la memoria revuelve algunas cosas —objetos, muebles, utensilios— que no sé dónde dejé olvidados, o situaciones que no sé distinguir y separar —ni merece la pena en esta eternidad— de las otras, de las que verdaderamente residen en el paisaje deshabitado y sin gente ya, al acercarse la puesta del sol.» («El colibrí con su larga lengua»).

Mientras los cuentos del primer apartado eran más breves y más ajustados a una anécdota, los «Cuentos de Norteamérica» rebajan la tensión narrativa. No se cuenta nada en concreto sino retazos de recuerdos, pequeñas anécdotas, asociaciones libres, incrustados en una atmósfera de soledad, pasividad, mansa amargura que asfixia a los personajes.

En los «Cuentos del último exilio», la idea del extrañamiento y la visión de la destrucción del hombre alcanzan mayor hondura. El exilio real tiene una última gradación en el exilio interior: el tema de la vejez aparece encarnado en ancianos y ancianas reclusos en asilos que ya no hacen otra cosa que recordar y soñar, como si estuvieran exiliados de la vida.

Muchos de estos cuentos pueden enmarcarse en la ciencia ficción, aunque sin embargo se retoma el tema de la guerra civil de los primeros cuentos. Por ejemplo, en la «Historia de la cabeza encantada», un cerebro abandonado en un laboratorio rememora esas épocas y sigue existiendo más allá de la muerte obligado a recordar. En otros cuentos se destaca el intento de fusión de distintos planos temporales para anular el tiempo. De este modo un hombre obsesionado en la persecución de una mujer con una cicatriz en la cara se confunde con el hombre primitivo que en las cavernas propiciaba la caza con ritos mágicos.

Por otra parte, el desdoblamiento de la conciencia constituye otra forma del extrañamiento, como se observa en la vacilación del personaje de «Espaciario». Vive simultáneamente en un plano donde es preso político y será ejecutado, y en otro en que tripula una nave espacial durante muchos años, pero comete un delito por el que también será ejecutado.

Pero aunque los relatos se ambienten en el futuro, la idea que persiste es la del

angustiante malestar del hombre en su aquí y ahora. Así como en los cuentos anteriores los personajes se abismaban en los recuerdos, en éstos la proyección a un futuro en donde perduran cíclicamente los mismos males anula de igual manera el presente. El narrador proyectará en el futuro el pasado traumático de la guerra. El cuento que cierra la antología —«El eclipse»— ofrece la visión apocalíptica de la destrucción de la tierra. Mientras un hombre se dirige en un autocar hacia los refugios descubre —a través de un recuerdo de la posguerra— la identidad de todas las destrucciones.

A lo largo de todos los cuentos, una galería de personajes silenciosos, solitarios, distantes de todo, emprenden un discurso interior que va exasperando su tono desesperanzado. El poder evocador de las palabras, las imágenes certeras, la recurrencia de ciertas situaciones, crean una atmósfera que trasciende las anécdotas en la cual se alcanza a entrever un trasfondo angustiante: la guerra es sólo un aspecto del profundo y universal exilio del hombre en el mundo y en sí mismo.—MARTA NÚÑEZ (*Espíritu Santo*, 16, 4.º izda. MADRID-10).

Un testimonio fallido *

Historia de una exhumación

En septiembre de 1981 Jeffrey Moussaieff Masson, psicoanalista (cuarenta años), profesor de sánscrito de la Universidad de Toronto, fue despedido de su cargo de director de Proyectos de los Archivos Sigmund Freud, entidad constituida en 1950 para la recolección y resguardo de los artículos, cartas, fotografías y toda clase de documentos pertenecientes a Freud (alrededor de 150.000). Actualmente, los documentos se hallan sellados en la Biblioteca del Congreso de Washington con la orden expresa de ser sólo abiertos iniciado ya el siglo XXI.

Masson fue llevado a los Archivos por K. R. Eissler, prestigioso psicoanalista americano (setenta y cinco años), amigo y hombre de confianza de Anna Freud, quien lo designó secretario y encargado general de los Archivos. Eissler convenció a Anna, que permitiera a Masson publicar la correspondencia completa mantenida por Freud con Fliess (que se había llevado a cabo con anterioridad, pero en forma fragmentada), y también se le encargó que revisara la totalidad del material existente en la biblioteca de la casa de Maresfield Gardens —última residencia de Freud en Londres— para transformar a ésta en un museo después de la muerte de Anna. Eissler preparaba a Masson para sucederle y para convertirlo en director del futuro Museo Freud.

* JEFFREY MOUSSAIEFF MASSON: *El Asalto a la Verdad. La Renuncia de Freud a la Teoría de la Seducción*. Seix Barral. Barcelona, 1985.

Asimismo, fue facultado para gestionar los derechos de autor de la obra freudiana, en virtud de lo cual negoció con Harvard Editions la publicación de las cartas de Freud en ediciones completas, eruditas y comentadas.

En el verano de 1981 aparecen en el «New York Times», dos artículos de Ralph Blumenthal titulados *El Watergate de la psique*, en los cuales Masson vuelca opiniones, comentarios y aporta datos tan groseramente contrarios al pensamiento psicoanalítico freudiano, que Eissler no pudo por mucho tiempo mantener una defensa de su protegido y decidió rescindirle el contrato. Posteriormente, Masson inició una reclamación legal por incumplimiento de lo pactado e intentó llevarlo ante las cortes americanas. Los Archivos propusieron una indemnización de 150.000 dólares a Masson, que fue aceptada y de esta manera quedó saldada la cuestión formal.

Lo que escandalizó al medio analítico anglosajón (en el resto del mundo tuvo una repercusión escasa o más tardía) fueron las declaraciones sostenidas por Masson —apoyándose en su acceso a documentos inéditos y, por consecuencia, en el desvelamiento de «ignorado hechos acaecidos en los años 1890-1900»— sobre la primera teoría de Freud de la histeria, teoría que ubicaba la causación de la neurosis en abusos sexuales sufridos por los niños en la temprana infancia. A pesar del abierto, fundamentado y reiterado repudio que el mismo Freud ha realizado a partir de 1897 de tal proposición, Masson sostiene que la teoría de la seducción no sólo es correcta, sino que su abandono constituye un desastroso error de consecuencias fatales para el psicoanálisis. En el otoño de 1983, Masson es expulsado de la Asociación Psicoanalítica Canadiense y, automáticamente, de la Internacional por falta de pago (?). En 1984 publica en los Estados Unidos *El Asalto a la Verdad. La Renuncia de Freud a la teoría de la seducción*, que Seix Barral traduce al mundo hispánico en 1985.

Ante tamaño desafío intelectual y científico, todo amante del conocimiento siente una febril inquietud de espíritu ante la posibilidad —siempre renovada a pesar de las múltiples decepciones— de que algo verdaderamente nuevo, innovador, pueda emerger así de la noche a la mañana en términos de una revelación. Y se sumerge en la lectura de esa promesa.

Lo que el testimonio aporta

Masson, en un acabado trabajo detectivesco, parte de una sospecha que va creciendo en él a medida que pasa revista a las cartas inéditas de Freud a Fliess posteriores a septiembre de 1897, fecha de emergencia de la segunda teoría sobre la histeria, piedra angular del psicoanálisis: la teoría de la fantasía. Sospecha trocada en certeza ante la reiterada y deliberada omisión realizada por Anna Freud en la edición original y abreviada de las cartas, de toda mención a historias clínicas concernientes a la seducción sexual de niños, así como también la eliminación de toda referencia a Emma Eckstein, una temprana paciente de Freud y Fliess que parecía relacionada de algún modo con la teoría precitada. A partir de este punto, se inicia la progresión de un verdadero drama policial, en que asistimos a la escena durante la cual Masson interpela a la hija de Freud y a los custodios de su legado personal, acusándolos de haber omitido y escondido tan precioso material para poder mantener el error, la

mentira, que el mismo padre del psicoanálisis en su cobardía habría erigido —la teoría de la fantasía— para escapar a la horrorosa verdad de la violación a que son sometidos los niños por los adultos.

Haciendo gala de un verdadero virtuosismo de investigador documental, de una increíble capacidad para el rastreo y acopio de información desperdigada en el mundo y en polvorientos depósitos de bibliotecas, Masson nos pasea por los puntos y comas de todo lo dicho por Freud, a posteriori del abandono de la teoría de la seducción que pudiera mostrar alguna hesitación, reconsideración o rehabilitación del lugar que la seducción podía ocupar en la teoría. Nos muestra que Freud poseía en su biblioteca —debidamente leídos y subrayados— textos y abundante literatura sobre violación y otros actos violentos contra los niños. Trabajos y libros de estudio médico-legales sobre crueldad y malos tratos infligidos a niños son cuidadosamente mencionados y citados a lo largo de dos de los cinco capítulos del libro. Ambroise Auguste Tardieu (1818-1879), profesor de medicina forense de la Universidad de París, decano de la Facultad de Medicina y presidente de la Academia de Medicina de París, el representante más prominente de la medicina forense francesa, así como su ayudante y sucesor Paul Camille Hippolyte Brouardel (1837-1906) y también Paul Bernard (1828-1886) publicaron libros y artículos sobre atentados al pudor y violaciones en niñas. Masson se esmera en demostrar hasta el cansancio que Freud conocía y poseía esta información. (Persigue la pista de los textos que Freud, al emigrar a Inglaterra en 1938, dejó a sus amigos, que a su vez vendieron a libreros, que a su vez revendieron a coleccionistas, que a su vez negociaron con el Instituto de Psiquiatría del Estado de Nueva York y que actualmente se encuentran en la biblioteca de libros raros del Augustus Long en el Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia.)

La obsesión de Masson, en su desesperada búsqueda, es acumular pruebas que fundamenten un supuesto que para él se desprende inequívocamente como consecuencia de esa operación que ha puesto en marcha: completar la historia del descubrimiento, rellenar los huecos de lo real sucedido en el origen, arribar al secreto que pondrá de manifiesto en un mismo acto la esencia de lo que se oculta. Si Freud estaba convencido por lo incuestionable de la evidencia de sus enfermas que la sexualidad era responsable de las neurosis, ¿cómo no dio importancia, cómo se desembarazó de su primitiva idea, cómo abandonó la seducción a favor de otra teoría, aquella de la histérica sufriendo de reminiscencias? Sólo por cobardía, o bien, por debilidad humana y emocional ante sus colegas y ante los sistemas de poder de la sociedad entera, ya que la opinión dominante —según Masson—, era que la víctima forjaba su propia tortura, de manera que si los delitos de violación sexual podían atribuirse a la imaginación de las mujeres, «los terapeutas podían de este modo permanecer en el lado de los poderosos y los triunfadores, y no en el de las desventuradas víctimas de la violencia familiar» (pág. 20).

Extrañísima conclusión la de Masson quien particularmente conoce tan minuciosa y documentalmente la vida de Freud, sus sufrimientos, el aislamiento al que los colegas y el medio científico de la época lo sometieron, por sostener, justamente la etiología sexual de las neurosis. Uno se pregunta: si los máximos exponentes de la medicina francesa denunciaban a través de publicaciones y conferencias el hecho real